Tres elegías de Miguel Hernández

Ana María Fagundo
Universidad de California
Campus de Riverside

Entre las ocho elegías [1] que escribió Miguel Hernández hay tres que merecen destacarse por su contenido emotivo y sus logros artísticos. Estas elegías marcan tres momentos distintos y tres actitudes diferentes del poeta frente a una experiencia vivida. La primera de ellas fue escrita dos semanas después de la muerte del que fuera gran amigo y mentor del poeta, el joven Ramón Sijé, el 24 de diciembre de 1935. Esta elegía recibió desde el principio calurosos elogios de Juan Ramón, Ortega y Marañón y ha sido estudiada repetidas veces [2]. La segunda elegía fue compuesta unos trece meses después [3] y la tercera a la muerte de García Lorca ocurrida en el verano de 1936. Tres elegías de muy diverso tono y efecto. La de Ramón Sijé refleja una emoción personal tan profunda como desconsolada. La elegía a Josefina Fenoll la inspiró la compasión y la pena que sentía Miguel Hernández por la novia de Sijé. En la elegía a García Lorca el sentimiento que se expresa es más colectivo que individual; no se lamenta tanto la muerte de un íntimo y caro amigo sino la de un querido y admirado poeta.

Según el Diccionario de la Real Academia Española la elegía es:

> una composición poética del género lírico,
> en que se lamenta la muerte de una persona
> o cualquier otro caso o acontecimiento privado

---

[1] Estas elegías se pueden consultar en el libro de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, *Miguel Hernández: obra poética completa.* Madrid, Alianza Editorial, 1982.

[2] Véase de Juan Cano Ballesta el libro *Miguel Hernández: el hombre y su poesía.* Madrid, Cátedra, 1989, p. 90.

[3] *Ídem*, p. 93.

> o público digno de ser llorado, y la cual en español
> se escribe generalmente en tercetos o en verso libre.

Estas tres elegías se corresponden, de una manera u otra, con esta definición. Si el poema aúna emoción, sensación y pensamiento [4] diríamos que de esa mezcla adecuadamente realizada resulta el gran poema. Así es la «Elegía» por la muerte de Ramón Sijé. La emoción que devasta al poeta se transforma, por el milagro del arte, en una emoción universal. Contenido y continente son aquí indivisibles. La fuerza de esta elegía no la conseguirá Miguel Hernández en ninguna de las otras dos a pesar de que en la segunda, la dedicada a Josefina Fenoll, trate, en cierta manera, del mismo tema y tenga una estructura estrófica idéntica a la dedicada a Sijé; y en la tercera, la inspirada por la muerte de Lorca, se permita una estructura muy variada que le da la oportunidad de una expresividad más libre y, por tanto, más rica en posibilidades. Veamos a continuación cada una de ellas con cierto detalle.

La primera de estas elegías lleva la siguiente dedicatoria: «En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé con quien tanto quería». La escueta pero sentida dedicatoria nos introduce al estado emotivo que luego campeará poderosamente por todo el poema; la elegía más emotiva y hermosa de la poesía española con excepción de las *Coplas* de Jorge Manrique. La dedicatoria tiene dos elementos reveladores del estado emotivo del poeta: *«se me ha muerto»* y, efectivamente, así fue. La muerte de Sijé la sintió Miguel Hernández como un propio desgarrón de su cuerpo y de su espíritu. Otro elemento que destaca en la dedicatoria es *«con quien tanto quería»*. Cabría pensar en un error, que quizás debe decir «a quien tanto quería» pero por lo que he podido saber así reza en el original. Esto es significativo cuando entramos en el poema y recorremos el vía crucis de Miguel Hernández. Efectivamente, con Ramón Sijé el poeta quería y compartía vida y emociones.

Estructuralmente esta elegía se podría dividir en tres partes que revelan tres estados de ánimo: a) de aceptación (estrofas 1 al 7); b) de rebelión (estrofas del 8 al 12) y c) de sublimación, (estrofas del 13 al 16). Comienza Miguel Hernández con una lamentación por la muerte de Sijé. El poeta —hortelano fiel—, llora sobre la tumba del amigo muerto. Un tono de profunda y a la par resignada tristeza aparece en esta primera parte del poema:

> Yo quiero ser, llorando, el hortelano
> de la tierra que ocupas y estercolas,
> compañero del alma, tan temprano

Desde el principio del poema se nota un dinamismo que corresponde con la realidad de que habla el poeta. El amigo no yace inmóvil sino en un estado de transformación que, naturalmente, corresponde a esa realidad bien conocida por el hombre. Sijé, que en el primer terceto «estercola» la tierra se diluirá en ella

[4] Carlos Bousoño, *Teoría de la expresión poética*. Madrid, Gredos, 1962.

hasta llegar a ser parte integral de flores, árboles y huerto. El poeta asiste a esta transformación intensamente conmovido:

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.

La fusión con la tierra se idealiza. El poeta dará el corazón del amigo como alimento para las amapolas que también se hacen eco del desaliento de Miguel Hernández. La tristeza se agudiza y el poeta se ve a sí mismo como un Cristo en su calvario:

Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento

La aliteración de estos versos es doblemente eficaz porque a la par que parece adelgazar al dolor haciéndolo más punzante, es como un eco del proceso de diluimiento o fusión del amigo con la tierra. El sentido tan acusado que tiene Miguel Hernández de lo telúrico se hace en este poema particularmente dramático. No obstante, no dejará en ningún momento que la emoción destruya la obra artística. Esta elegía es un alarde de equilibrio métrico y emotividad arrolladora: los tercetos endecasílabos encadenados sujetan la emoción, le ponen rienda aunque el caballo del sentimiento relinche con desesperada fuerza:

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado

La injusticia de la prematura muerte del amigo la refleja el poeta a través de una acertada adjetivación y de efectos aliterativos fuertes, sonidos velares, dentales y guturales. Es de notar, asimismo, que el único verbo que aparece en la estrofa citada es un participio cuyo significado no puede estar en mayor consonancia con la idea expresada. Este terceto tiene, además, un valor funcional dentro del poema porque con estos versos se entra en la faceta de la rebelión por la muerte del amigo:

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes,
sedienta de catástrofes y hambrienta.

La fuerte emoción que embarga a Miguel Hernández se expresa aquí magistralmente por el adecuado empleo de la aliteración, la anáfora y el polisíndeton. Esta elegía es uno de los poemas más representativos de la destreza y el conocimiento del arte del verso que tenía el poeta, no en vano Juan Ramón Jiménez calificó esta elegía de «extraordinaria y excepcional»[5].

Así como después de la tormenta viene la quietud; después de la desesperación total del poeta viene la sublimación y, con ella la aceptación. Miguel Hernández se consuela sintiendo que su amigo muerto volverá, sólo que en otra dimensión, a habitar su entorno campestre:

> Volverás a mi huerto y a mi higuera
> por los altos andamios de las flores
> pajareará tu alma colmenera
> de angelicales ceras y labores.

El amigo se integrará asimismo a sus afectos:

> Alegrarás la sombra de mis cejas
> y tu sangre se irán a cada lado
> disputando tu novia y las abejas.

El poema finaliza con unos versos conmovedores. El poeta como un enamorado llama al amigo del alma para hablar:

> Tu corazón, ya terciopelo ajado,
> llama a un campo de almendras espumosas
> mi avariciosa voz de enamorado.
>
> A las aladas almas de las rosas
> del almendro de nata te requiero:
> que tenemos que hablar de muchas cosas
> compañero del alma, compañero.

No cabe duda que la fuerza de esta elegía arranca de la emoción que la sustenta. Miguel Hernández no habla sino de sí mismo, de sus sentimientos[6], de cómo siente él la muerte del compañero del alma. El poema, por tanto, es netamente lírico, es decir, expresión de un sentimiento personal e intransferible, pero como quien lo escribe es un poeta auténtico su sentir personal se transforma en sentir

---

[5] La carta que escribió Juan Ramón Jiménez al publicarse el poema en la *Revista de Occidente* en diciembre de 1935 la reproduce Jacinto-Luis Guereña en el libro antes citado, p. 83.

[6] Para Miguel Hernández, Sijé era como un hermano y así lo dirá en sendas cartas que escribe a los padres y hermanos de Ramón después de la muerte de éste. Véase el libro de Jacinto-Luis Guereña, *Miguel Hernández: biografía ilustrada.* Madrid, Destino, 1978.

universal y a más de cincuenta años de ese acontecimiento podemos los lectores de hoy conmovernos.

La elegía a Josefina Fenoll, novia del fallecido Ramón Sijé, es hermana de la anterior en cuanto a la estructura, tercetos endecasílabos encadenados terminados con un cuarteto endecasílabo de rima cruzada. Es similar también en la utilización de un lenguaje en el cual abundan los términos campestres así como en recursos estilísticos tales como anáforas y aliteraciones. Difiere en la utilización de epítetos (algunos exaltadores de lo rural) para calificar al amigo muerto y a la novia sufriente.

Esta elegía consta de cuatro momentos: a) llamada a Josefina para compartir el dolor (estrofas 1-4); b) caracterización de la relación de Josefina Fenoll y de Ramón Sijé (estrofas 5-17); c) reiteración del lamento (18-22) y d) llamada a la esperanza (estrofa 23).

El poema empieza como la elegía anterior expresando su dolor por la muerte del amigo para enseguida pedirle a la novia de Sijé que le acompañe:

> Tengo ya el alma ronca y tengo ronco
> el gemido de música traidora...
> Arrímate a llorar conmigo a un tronco:
>
> retírate conmigo al campo y llora
> a la sangrienta sombra de un granado
> desgarrado de amor como tú ahora.

El entorno es el de la naturaleza que tanto atraía a los tres amigos. El campo es consuelo y sostén para ambos en la situación que les está tocando vivir. El granado se hace eco del dolor de Josefina desgarrándose rojo, como ella. Aún más, el cielo es de un «gris desconsolado», y desde él caen «ángeles cernidos para el trigo»; ángeles que de otra manera hubieran sido una bendición de la cosecha y ahora son sólo ángeles que caen sobre un campo gris sin propósito alguno «invierno gris desocupado». Ese entorno silvestre tan armonioso de otros momentos, ese entorno a cuyo seno el poeta llamara esperanzadamente al amigo muerto al final de la elegía anterior, ahora es lugar para celebrar, sin paliativos, el dolor:

> Arrímate, retírate conmigo:
> vamos a celebrar nuestros dolores
> junto al árbol del campo que te digo.

La utilización de sonoras aliteraciones con predominio de sonidos alveolares y dentales además del colorido contrastante de grises y rojos aparte de la certera adjetivación subraya el estado anímico del poeta; un estado de desaliento y profunda tristeza. El objeto del poema parece ser, en parte, consolar a la novia de Sijé acompañándola en su dolor. Sin embargo, Miguel Hernández no puede evitar que su propio sentir se filtre entre los versos y que su dolor sea compañe-

ro del de la novia de Sijé hasta tal punto que si en la primera elegía su voz es la de un enamorado avaricioso en esta segunda será su cuita, como la de la novia de Sijé, la de un viudo.

Desde la estrofa cinco a la dieciséis el poeta presenta, a través de acertados epítetos, a Josefina y a Sijé antes y después de la muerte de éste último. El sentimiento de dolorida ternura que Miguel siente hacia Josefina se evidencia en la caracterización que hace de ésta en la quinta estrofa del poema:

> Panadera de espigas y de flores,
> panadera filial de piel de era,
> panadera de panes y de amores.

Josefina, que trabajaba en una panadería de la familia, aparece aquí idealizada, amasa el pan con espigas y flores, tiene la familiaridad natural de la era donde empieza el proceso de lo que será luego el pan, es decir, el sustento diario. Si Josefina era «la tórtola compañera de sus días» futura «flor de las esposas», Sijé fue «una buena fiebre,» «un rayo dispuesto a ser herida», «un lirio de olor precipitado». Pero del novio y del amigo solamente queda:

> un cadáver de cera desmayada
> y un silencio de abeja detenida

Y Josefina se «hiela y desendulza grado a grado» sin la «labor de sol y de colmena» de quien iba a ser su marido:

> Novia sin novio, novia sin consuelo,
> te advierto entre barrancos y huracanes
> tan extensa y tan sola como el cielo.

La emoción no es solamente el dolor por el amigo muerto sino la solidaridad que siente Miguel Hernández por la sufriente Josefina Fenoll. Es de notar también en esta parte del poema la certera percepción de la sensibilidad femenina expresada a través de delicadas imágenes silvestres.

La tercera parte del poema comienza con la estrofa dieciocho. El poeta se hace solidario del dolor de Josefina y con ella quiere compartir la pena. Es sin duda ésta la parte más dramática de la elegía. El poeta le pide que acepte lo irremediable de la muerte y se brinda a acompañarla en el dolor que él también siente:

> A echar copos de harina yo te ayudo
> y a sufrir por lo bajo, compañera,
> viuda de cuerpo y de alma yo viudo.

La amargura de la muerte es para quien queda detrás:

Bebió él la muerte y tú la saboreas
y yo no saboreo otra bebida.

La aliteración de las labiales en estos versos sugiere poderosamente la emoción de Miguel y de Josefina. Pero el lamento llega a su mayor dramatismo en la estrofa penúltima en que la naturaleza se humaniza: hasta las piedras se transforman por las lágrimas del amigo y de la novia de Sijé:

Retírate conmigo hasta que veas
con nuestro llanto dar las piedras grama,
abandonando el pan que pastoreas.

La aliteración vuelve a subrayar la expresión del sentimiento; sonidos labiales y dentales en el último verso para expresar la desolación. La elegía termina, en cierta manera, como la elegía a Ramón Sijé, es decir, esperanzadamente: «Levántate: te esperan tus zapatos» diré a Josefina si bien esos zapatos están

junto a los suyos muertos en tu cama
y la lluviosa pena en sus retratos
desde cuyos presidios te reclama.

A pesar de la obvia sinceridad del poema éste no tiene la urgencia y la conmovedora fuerza de su elegía gemela, le falta el empuje, el desgarro del grito contenido. Por esta elegía ha pasado el agua aliviadora del tiempo. Se expresa el sentimiento pero ya de forma más reflexiva. La herida aunque no ha llegado aún a cicatrizar no está en llaga viva como en la primera elegía. Por otra parte, la intención principal del poema no es la expresión del propio sentimiento aunque esté presente sino el ofrecerle, de alguna manera, consuelo a la novia del querido amigo muerto.

La elegía a García Lorca que Miguel Hernández titula «Primera elegía» es, en rigor, la tercera de las tres y es muy variada en metro, estructura estrófica y estados anímicos. El poema se podría dividir en cinco partes, a) la presencia de la muerte (estrofas 1-2); b) sentimiento de Miguel Hernández ante la contemplación de la muerte (estrofas 3-6); c) la muerte de Lorca, (estrofas 7-16); d) lamento por la muerte de un poeta, (estrofas 17-18); e) rebelión ante la muerte de Lorca, (estrofas 19-20); f) aceptación dolorida de la realidad de la muerte de Lorca (estrofas 21-24).

Las dos primeras estrofas del poema son dos cuartetos de rima encadenada y versos endecasílabos y alejandrinos. Ambas estrofas plasman el efecto devastador de la muerte que llega marcial destruyéndolo todo. La alegría es fugaz. La muerte lo ensombrece todo:

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,
y en traje de cañón, las parameras
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,
y llueve sal, y esparce calaveras.

La muerte aparece como un ejército en pie de guerra arrasándolo todo. El efecto devastador de este feroz guerrero se subraya a nivel estilístico a través del uso del polisíndeton. En la segunda estrofa ecos de las *Coplas* de Jorge Manrique: «verduras de las eras».

El sentir de Miguel Hernández ante la muerte del poeta y amigo se manifiesta en versos de visionarias imágenes:

> Siempre me veo dentro
> de esta sombra de acíbar revocada
> amasado con ojos y bordones,
> que un candil de agonía tiene puesto a la entrada
> y un rabioso collar de corazones.

El dolor por la muerte en esta elegía es entrar al «callejón del llanto», verse sumido en una «sombra de acíbar», llorar «dentro de un pozo». Y es, en última instancia, hacerlo lentamente es decir, asumiendo paso a paso la realidad de esa muerte:

> Entro despacio, se me cae la frente
> despacio, el corazón se me desgarra
> despacio, y despaciosa y negramente
> vuelvo a llorar al pie de una guitarra.

Como una petenera o una saeta el poeta se adentra en el mundo de Lorca. Esta estrofa capta e insinúa sutilmente el mundo poético lorquiano: mezcla de premonición, misterio y ancestrales magias que reverberan como en una dimensión extraordinaria. Esta elegía tiene el corte, el tono y el efecto de una ceremoniosa procesión andaluza.

El panegírico de Lorca en esta elegía es de extraordinaria belleza y ternura. A Lorca se le nombra: «primo de las manzanas», «hijo de la paloma», «nieto del ruiseñor y de la oliva», «esposo siempre de la siempreviva», «estiércol padre de la madreselva». Pero también el poeta muerto aparece retratado así:

> Vestido de esqueleto,
> durmiéndote de plomo,
> de indiferencia armado y de respeto,
> te veo entre tus cejas si me asomo.

El contraste que se establece en esta parte del poema entre la figura de Lorca vivo y Lorca muerto llega al punto máximo de tensión emotiva en la estrofa quince. El uso de la anáfora y el polisíndeton son particularmente eficaces:

> Tú, el más firme edificio, destruido,
> tú, el gavilán más alto, desplomado,
> tú, el más grande rugido,
> callado, y más callado, y más callado.

La reiteración del último verso de la cuarteta es certera. La muerte del poeta granadino es injusta y Miguel Hernández ruge vengativas consignas:

Caiga tu alegre sangre de granado,
como un derrumbamiento de martillos feroces,
sobre quien te detuvo mortalmente.
Salivazos y hoces
caigan sobre la mancha de su frente.

Esta muerte es una pérdida irreparable, una catastrofe cósmica:

Muere un poeta y la creación entera se siente
herida y moribunda en las entrañas.
Un cósmico temblor de escalofríos
mueve temiblemente las montañas,
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Los efectos aliterativos en erre que con tanto acierto los ha usado en la elegía a Sijé aparecen de nuevo aquí con igual acierto. El hombre y el poeta humanísimo que fue Miguel Hernández expresa en la siguiente estrofa toda su indignación y también toda su recia ternura:

No aventarán, no arrastrarán tus huesos,
volcán de arrope, trueno de panales,
poeta entretejido, dulce, amargo,
que el calor de los besos
sentiste, entre dos largas hileras de puñales,
largo amor, muerte larga, fuego largo.

En esta elegía como en las dos anteriores Miguel asocia al sujeto del poema con lo fuerte y lo dulce de la naturaleza: «volcán de arrope», «trueno de panales» es Lorca. En esta estrofa y la siguiente el poema se acerca a la expresividad de la elegía a Sijé pero, a mi entender, sin llegar nunca a la fuerza emotiva de aquella:

Por hacer a tu muerte compañía,
vienen poblando todos los rincones
del cielo y de la tierra bandadas de armonía,
relámpagos de azules vibraciones.
Crótalos granizados a montones,
batallones de flautas, panderos y gitanos,
ráfagas de aberrojos y violines,
tormentas de guitarras y pianos,
irrupciones de trompas y clarines.

La técnica de inventariar nombrando que usa Miguel Hernández en esta estrofa además de la mezcla entre elementos reales y visionarios es particularmente certera. Todo lo que había sido en vida Lorca y su obra poética aparece aquí magistralmente expresado. El poema llega en esta estrofa a su momento más esperanzado y quizás más armonioso. Durante un breve instante el poeta vivencial y el hombre compasivo que fue Miguel Hernández consigue (como en la estrofa final de la elegía a Sijé) un pasajero alivio. No obstante, el verso siguiente nos mete de lleno en la desesperanza con que acaba el poema:

Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

La realidad brutal se ha impuesto.

Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y pruebo una bebida funeraria.
Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.

Las tres elegías comentadas tienen puntos de contacto y divergencia en cuanto a forma, tema y conclusión.

Métricamente la elegía de mayor dificultad y alarde será la dedicada a Ramón Sijé. El poeta usa el terceto dantesco [7]: tercetos de rima encadenada ABA, BCB terminado en un cuarteto de rimas alternas YZYZ con una extraordinaria naturalidad; en ningún momento se fuerza el ritmo o la rima. El poema fluye hermosamente. Los efectos expresivos a través del uso de varios recursos estilísticos (anáforas, paralelismos, polisíndeton, etc.) son perfectos. Algo similar se podría decir de la elegía a Josefina si bien la emoción, al no ser tan desgarradora quizás porque están mitigada por el paso del tiempo como se ha indicado ya, hace que la elegía no sea a nivel emotivo tan fuerte y que sus recursos estilísticos no destaquen como en la de Ramón Sijé. Métricamente ambas elegías son iguales. Por el contrario, el poema dedicado a la muerte de Lorca es la elegía más variada métricamente, heptasílabos, endecasílabos y alejandrinos en formas estróficas diversas, cuartetos, quintetos, sextetos siempre con rima y, a veces, encadenando las estrofas. La estrofa que más abunda es el cuarteto alternando con estrofas de cinco y seis versos. También hay que notar que la elegía a Josefina y la de Lorca tienen ciertos puntos en común. El uso de epítetos en ambas las asemeja teniendo mayor riqueza expresiva la dedicada a Lorca.

Quizás lo fundamental en cuanto al fondo temático sea que la elegía a Sijé tiene un eje emotivo invariable; surge de un profundo dolor que no cambia en todo el poema, mientras que, en las otras dos elegías el sentimiento es diverso, en el caso de la elegía a Josefina es el deseo de acompañarla en su desolación y

[7] Véase Rudolph Baehr: *Manual de versificación española.* Madrid, Gredos, 1969, p. 233.

la expresión del propio dolor del poeta por el amigo muerto. En el caso de la dedicada a la muerte de García Lorca, el eje temático se reparte entre la expresión del sentimiento personal y el efecto que según Miguel Hernández tiene en la colectividad la muerte de un poeta, y de un gran poeta como Lorca. En ambas también se retrata a los dos personajes objetos del poema con similar humanidad y certeza. Miguel Hernández sentía un afecto sincero por Josefina y se nota en el poema. Por Lorca [8] sentía amistad y admiración. A la hora de caracterizar tanto a Josefina como a Lorca, Miguel Hernández despliega no sólo su imaginación poética sino su ternura y su siempre solidaria humanidad.

En cuanto a la conclusión, las dos primeras elegías terminan de una manera esperanzada. En la primera se llama al amigo para que esté de la única manera ya posible: que su espíritu more en el entorno rural de la Orihuela que ambos habían compartido y amado y que les había servido de sustento espiritual. En la elegía a Josefina el poeta anima a la novia de Sijé para que siga adelante y conserve en el recuerdo al novio muerto. En la elegía a García Lorca, por el contrario, no se termina con una nota de esperanza. Quizás esto se explique porque si en las dos primeras elegías el tema era personal en la última se trata de algo que rebasa el orden de lo personal para ser colectivo. La muerte del poeta granadino la considera Miguel Hernández una pérdida insustituible para la humanidad y, por tanto, no se expresa ninguna esperanza al final del poema.

Estas tres elegías se puede decir que son las más logradas de cuantas escribió Miguel Hernández porque emoción, pensamiento y expresión aparecen perfectamente armonizados en un todo artístico de evidente fuerza y hermosura.

[8] Jacinto-Luis Guereña, op. cit. pp. 55-56.